

"El Principito", su simbología y la subasta millonaria de un manuscrito

LUIS RIVAS RIVAS

Escritor, profesor USAT

Desde hace una semana se está exponiendo en la galería Sotheby's de París un manuscrito de Antoine de Saint-Exupéry valorado en 300.000 euros (más de un millón trescientos mil soles), que será subastado –con otros recuerdos del escritor– el próximo 17 de junio. El manuscrito relata el accidente de avión por el que Saint-Exupéry pasó cuatro días desaparecido en el desierto de Libia en 1935. Fue este suceso el que le inspiró su obra más conocida, *El Principito*, y también el capítulo central de otro de sus libros: *Tierra de hombres*.

El 30 de diciembre de 1935 el avión con el que Saint-Exupéry iba de París a Saigón se estrelló en el desierto de Libia. El escritor y su mecánico, vivos de milagro –pues el avión quedó destrozado– anduvieron desorientados y casi sin alimentos, hasta que cuatro noches después, a 1.600 kilómetros de cualquier centro poblado, encontraron al beduino que fue su guía. Cuando llegó a El Cairo, Saint-Exupéry relató esa experiencia en el manuscrito que hoy se expone en París.

Además del referido texto, el lote comprende tres ejemplares de las novelas '*Correo del Sur*', '*Tierra de hombres*' y '*Piloto de guerra*' y algunas caricaturas que realizó en Montreal. La muestra incluye también otros objetos que no están a la venta, como el brazalete con el nombre del escritor, joya que permitió localizar los restos del avión en que viajaba Saint-Exupéry cuando fue presuntamente abatido por un piloto alemán en 1944. El brazalete fue encontrado en 1998 por un pescador en Marsella, cerca de la zona en que se perdió la pista del avión.

Los beneficios de la subasta se destinarán a la creación de la 'Fundación Antoine de Saint-Exupéry pour la jeunesse' que busca fomentar proyectos para jóvenes de todo el mundo que se encuentren en situación de dificultad.

Se supone que la subasta tendrá éxito porque en el mundo son millones los lectores de *El Principito* que tienen el más alto aprecio por este pequeño libro genial y por su célebre autor. Por eso, la oportunidad es propicia para desvanecer una duda muy frecuente. ¿Es *El Principito* sólo un hermoso cuento para niños? ¿Sus potencialidades expresivas, sus

admirables atributos narrativos se agotan en el ámbito de la literatura infantil? Esto es lo que en forma explícita o implícita dan a entender algunos manuales, enciclopedias y artículos de crítica. Veamos si es cierto.

En primer término, recordemos que se trata de un cuento fantástico. Y, como se sabe, en toda obra de esta índole conviene distinguir entre el sentido inmanente y la simbolización trascendente. El primero fluye del contenido literal del texto. La historia que relata es diáfana, sencilla, plenamente accesible a la comprensión de un niño. En cambio, la simbolización trascendente sólo aflora cuando calamos en la dimensión alegórica del cuento. Cuando logramos desentrañar lo que cada personaje, cada escenario y cada situación simbolizan. Y ocurre que en el caso de *El Principito* la tarea no es difícil porque el referente para la interpretación nítida del relato es el Libro por excelencia: la Biblia.

La historia nos es presentada desde la perspectiva del narrador personaje: un piloto, cuyo avión sufre un desperfecto, por lo cual se ve obligado a descender en el desierto del Sahara. (El lector, generalmente, tiende a identificar al protagonista con el autor, en razón de que Antoine de Saint-Exupéry fue también piloto. Falleció en misión de vuelo. Su avión se precipitó –¿premonición?– no muy lejos del escenario de su célebre cuento).

El relato empieza cuando el protagonista es todavía un niño de seis años. Ha visto en una lámina que una boa traga a una fiera, y la leyenda al pie dice: *Las serpientes tragan sus presas enteras sin masticarlas. Luego duermen, inmóviles, los seis meses de la digestión.* Impresionado, dibuja a la boa digiriendo a un elefante. Muestra su trabajo a los adultos, pero ellos sólo ven ahí un sombrero. Compadecido de la incapacidad de los adultos para entender las cosas, les hace un segundo dibujo en el que puedan ver al elefante dentro de la ballena. Le aconsejan entonces que deje de lado las boas y se dedique al estudio.

Desde entonces, tuvo que adecuarse externamente al punto de vista de los adultos, preocupados siempre de las cosas prácticas, con una óptica cuantitativa que menosprecia los valores esenciales y las cosas sencillas de la naturaleza. A lo largo de su vida se sintió solo, incomprendido. Hasta que conoció al Principito.

Mientras se empeñaba en reparar su avión, se le apareció el simpático y extraño personaje. Venía de un asteroide pequeñito. Se da una gran empatía entre ambos personajes. El principito razona como lo hacía el piloto en su niñez. Le preocupa la suerte de su planeta y de la única flor que hay en él. Crecen ahí unos arbustos que, si se les deja crecer hasta convertirse en baobabs, harían estallar su planeta, que es sólo un poco

más grande que su casa. Para evitarlo, le pide al piloto que le dibuje un cordero que elimine la mala hierba.

Le cuenta que antes visitó varios asteroides. Cada uno estaba habitado por un personaje solitario, obsesionado por móviles absurdos, entre ellos: un rey sin súbditos cuyo mayor delirio es ejercer autoridad; un vanidoso, desesperado por tener admiradores que le tributen alabanzas y aplausos; un ebrio, que ingiere licor para olvidar que le avergüenza ser un bebedor; un hombre de negocios, absorbido en contar y contar sus riquezas (se dice propietario de las estrellas).

Al final de la historia, el principito debe retornar al lugar de donde vino para que su cordero elimine la mala hierba (los baobabs) y salve a su asteroide y a su flor. Y para ello debe morir. Las frases que susurra al despedirse del protagonista son muy conmovedoras y misteriosas. Le dice al piloto:

–Esta noche hará un año. Mi estrella se encontrará exactamente sobre el lugar donde caí el año pasado...Por las noches mirarás las estrellas. No te puedo mostrar dónde se encuentra la mía porque mi casa es muy pequeña. Será mejor así. Mi estrella será para ti una de las estrellas. Entonces te agrada mirar todas mis estrellas...Todas serán tus amigas... Cuando mires al cielo, por la noche, como yo habitaré en una de ellas, como yo reiré en una de ellas, será para ti como si rieran todas las estrellas ¡Tú tendrás estrellas que saben reír!. Y cuando te hayas consolado (siempre se encuentra consuelo) estarás contento de haberme conocido. Siempre serás mi amigo. Tendrás deseos de reír conmigo.

Pero el protagonista está inquieto. Le había referido al principito que ya había reparado su avión y podría retornar a su país y la enigmática respuesta del personaje había sido:

–Yo también, hoy vuelvo a casa. Es mucho más lejos... Es mucho más difícil.... Esta noche... no vengas. Parecerá que sufro... Parecerá un poco que me muero. No vengas a verlo. No vale la pena.

Pero el piloto decide ir. Ha escuchado que el principito platicaba con una serpiente amarilla con la que tiene una cita para esa noche, y presiente que aquello tiene relación con la muerte de su amigo. Y, en efecto, cuando llega el piloto al lugar que ha oído, el principito le dice:

–Has hecho mal en venir. Vas a sufrir. Parecerá que me he muerto y no será verdad...

Y después de una breve plática, el relato del piloto continúa:

Vaciló un momento. Luego dio un paso. No hubo más que un relámpago amarillo cerca de su tobillo. Quedó inmóvil un instante... Cayó suavemente como un árbol.

Es decir, para retornar al lugar de donde vino, el principito se deja morder por una serpiente. Antes de su partida, le pide al piloto que mire siempre las estrellas porque, desde una de ellas, él le sonreirá.

Es evidente que el principito simboliza la inocencia, el idealismo, el sentimiento puro, atributos que adornan la infancia. Un concepto nuclear que se reitera en el texto reza: *Lo esencial es invisible a los ojos. Sólo se ve con el corazón* (pensamiento de raíces bíblicas).

Los habitantes solitarios de los asteroides nos representan a los adultos, que, absorbidos siempre por alguna ambición, obsesión o vicio –poder, rango social, dinero, vanidad, adicción a un hábito que nos daña (alcohol, tabaco), en suma: egoísmo– nos encerramos en nosotros mismos. Y en nuestro amurallado recinto no hay más emperador que nuestro ego. Así, olvidamos que lo esencial es dar amistad y amor puros como los de un niño, pues Jesús enseñó que *más bienaventurada cosa es dar que recibir*. También dijo que de los niños es el Reino de los cielos.

Los baobabs, que amenazan con destruir el asteroide del principito, nos recuerdan la cizaña de la parábola y representan todo aquello que nos aparta del bien.

El protagonista, es decir, el piloto, es imagen de la persona adulta, en cuya alma no ha muerto definitivamente el niño que un día fue. Y por esto mismo, en él, los inefables atributos de la infancia pueden revivir.

En suma, a la luz de la Biblia la simbología de *El Principito* refulge transparente. Sabemos quién es el Cordero que nos salva de la mala hierba. Y la serpiente que muerde al principito en el talón nos recuerda la profecía de Génesis 3,15.

Contra lo que comúnmente pensamos, el bello y luminoso cuento de Saint-Exupery nos enseña que la verdadera educación, la que más necesita la Humanidad, no consiste en lograr que el niño piense y sienta como adulto sino que el adulto sienta y piense como un niño.

Tal, en síntesis, la simbología de este hermoso cuento escrito por Antoine de Saint-Exupery (29 Junio 1900–31 Julio 1944). Sabemos que nació en Lyon, pero de su muerte sólo conocemos que su avión fue abatido cerca de Marsella. Entre las frases memorables que escribió recordemos éstas: *“Si queremos un mundo de paz y de justicia hay que poner decididamente la inteligencia al servicio del amor”*. *“El amor es lo único que crece cuando se reparte”*.